Treinta y cinco años después

Un día de 1908, estrenada apenas su centelleante madurez, visita Unamuno la casa donde su mocedad había transcurrido, y se recuerda a sí mismo. He aquí una estrofa del poema en que nos hace confidentes de esa experiencia suya:

Se me ha muerto el que fui; no, no he vivido.
Allá entre nieblas,
del lejano pasado en las tinieblas,
miro como se mira a los extraños
al que fui yo a los veinticinco años.

Fina verdad, porque en alguna medida nos hace «otros» el cambiante curso de nuestra biografía. La línea recta es un concepto geométrico, no una realidad biográfica. Penúltima verdad, también, porque ni siquiera cuando ha mediado la más extrema mudanza de que uno puede ser protagonista, una conversión religiosa, llega el hombre a ser «absolutamente otro» respecto de la persona que hasta entonces era. Mal conocedor de hombres será el que en cualquier «hombre nuevo», sea éste Pablo de Tarso, Agustín de Tagaste, Ignacio de Loyola o Miguel de Unamuno, no acierte a ver nervios y venillas —modos de ser— procedentes del «hombre viejo» anterior a su conversión. Ser «el mismo, pero de otro modo» es la regla biográfica de todo hombre a un tiempo fiel a sí mismo y sensible a las mudanzas de su cuerpo y de su mundo. El problema consistirá en saber cuál es el alcance real de ese «otro modo» en la vida de quien bajo la mudanza sigue siendo «el mismo».

Quede para los biógrafos de Unamuno el fiel contrastre de esa doble dimensión del cambio biográfico que su poema testifica. Ante la aparición de este cuatricentenario número de *Cuadernos Hispanoamericanos,* para mí queda un leal examen de lo que en relación con los números primeros de la revista era el español que a siete lustros de distancia —por tanto: «del lejano pasado en las tinieblas»— hoy aparece ante mí, siendo yo «el mismo» y «de otro modo».

Días finales de 1947, días previos a mi llegada a la cuarentena. ¿Quién era yo? ¿Qué era yo? ¿Cómo viví y vi la fundación de *Cuadernos Hispanoamericanos?*

Para lo que el caso atañe, yo era un profesor universitario deseoso de hacer algo, y aun mucho, en el cultivo de su disciplina, y un intelectual español que había vivido como propio el fracaso de la intención en que la revista *Escorial* tuvo su fundamento y que, en consecuencia, acababa de renunciar a la ejecución de un ambicioso proyecto juvenil: exponer lo que a pesar del terrible, sangrante trauma de nuestra guerra civil podía y debía ser entonces nuestra cultura; proyecto del que fueron expresión propedéutica el opúsculo *Sobre la cultura española* y los libros *Menéndez Pelayo* y *La generación del noventa y ocho.* Muy claramente manifiesta tal decisión la «Epístola a Dionisio Ridruejo» que antecede a la primera edición del último de ellos.

Con cicatrices en el alma —cicatrices de sueños, acaso las más dolorosas— y con heridas todavía recientes en ella —las que en mí y en tantos había producido la brutal represión política e intelectual consecutiva a la guerra civil— yo me encontraba de hoz y coz metido en la faena de iniciar ese «algo» o ese «mucho» que en mi oficio académico me proponía hacer. Y en esto, fue solicitada mi cooperación para la botadura de una nueva revista, expresiva de la empresa que respecto de nuestras posibilidades hispanoamericanas podíamos proponernos, pese a todo, los escritores intelectuales que habíamos quedado en la España de acá. ¿Por qué no, si este nuevo trabajo no había de mermar sensiblemente el que como universitario yo tenía entre ávidas manos?

Hispanoamérica. Para mí, la gran desconocida; más aún, la gran preterida. En una monografía sobre Menéndez Pelayo que por añadidura llevaba como subtítulo «Historia de sus problemas intelectuales», ¿no es acaso perceptible la ausencia de un capítulo dedicado a esclarecer lo que para don Marcelino fue el mundo hispanoamericano? Y aunque Hispanoamérica no constituyera para los hombres del 98 un problema generacional, ¿podía alcanzarse una comprensión suficiente de la españolía de Unamuno sin tener en cuenta lo que «esa América de mis cuidados», que así la llamaba él, fue para el genial agónico de Salamanca? El contacto con los hispanoamericanos que se habían decidido a visitar España después de 1939 —vivos aún o ya muertos, con todos ellos he conservado amistad— y la perspectiva del viaje a Suramérica que yo había de hacer a los pocos meses de fundada la revista, contribuyeron a que ese «¿por qué no?» se convirtiera en resuelta aceptación.

Tengo ante mis ojos los números de la revista en que yo figuré como único director, luego como codirector, al alimón con Mario Amadeo, y por fin, ya con Luis Rosales al frente de *Cuadernos,* como su no olvidado fundador. «Allá entre nieblas —del lejano pasado en las tinieblas», ante mí aparece ahora, junto a nombres venerables, como el de don Ramón Menéndez Pidal y el de José Vasconcelos, y a nombres entonces novísimos, como los de Angel Alvarez de Miranda, José María Valverde y Carlitos Martínez Rivas, el hombre, el español que yo fui a los cuarenta años. Yo mismo, sí, pero de otro modo.

Para la empresa de penetrar desde Madrid en la realidad artística e intelectual de Hispanoamérica seguíamos contando, aparte los jóvenes que acabo de mencionar y algunos otros, con el elenco de los escritores y pensadores españoles que habían dado soporte válido y garantía de continuidad histórica a la fracasada empresa de *Escorial* —el Ministerio de Educación Nacional, la Subsecretaría de Prensa y Propaganda y el recién nacido Consejo Superior de Investigaciones Científicas fueron sus principales debeladores— y con los escritores hispanoamericanos más inmediatamente asequibles a nosotros; esto es: con los que por su notoria ideología hispánica, en ocasiones poco o nada afín a los ideales del franquismo, cabía presumir más dispuestos a la colaboración en las páginas de una revista española donde Unamuno y Ortega, valgan como ejemplo dos nombres eximios, no eran y no podían ser menos, acaso eran más, pese a la cotización entonces oficial, que Ramiro de Maeztu y el último García Morente. Al azar copio algunos nombres: César Pico, José Vasconcelos, Eduardo Caballero Calderón, Honorio Delgado, Gonzalo Zaldumbide, Oscar y Alejandro Miró

Quesada, Mario Amadeo, Eduardo Carranza, José Coronel Urtecho, Pablo Antonio Cuadra, Julio Ycaza, Osvaldo Lira, Armando Roa. Y también al azar transcribo algunas de las líneas que declaraban el común propósito de los que fundamos *Cuadernos Hispanoamericanos:* «Quien lea esta revista debe saber, ante todo, que ha nacido para servir al diálogo... Dos modos diversos asumirá nuestro servicio. Seremos, por una parte, área, hogar de diálogo; viviremos, por otra, con voluntad de diálogo. Area de diálogo. Desde hace varios años ha comenzado, queremos creer que irrevocablemente, el reencuentro de los hispánicos de todas las riberas. Entendida de muy distintos modos, España se ha hecho presente, y aun urgente, en los países de Hispanoamérica, e Hispanoamérica ha entrado de nuevo en el pulso cotidiano de la vida española.» ¿Para qué este diálogo? Copiaré nuestra respuesta: «Fue América para el viejo mundo una Atlántida inesperada, un mundo nuevo... Pero los buenos europeos seguimos creyendo en la antigua Atlántida. ¿Una isla perdida entre la floresta de los Sargazos? ¿La cumbre más cimera de una emergente cordillera submarina? No: esta Atlántida no es de tierra. Ha de ser la nuestra una Atlántida creada, no descubierta. No será completa la redondez histórica del orbe mientras los europeos y los americanos no hayamos sabido crear entre Europa y América una ínsula ideal, el ágora donde, por virtud de inteligencia y amor, tenga suelo firme nuestra ineludible solidaridad histórica y humana.» De ahí nuestro llamamiento: «Amigos de Buenos Aires, de México, de Bogotá, de Lima, de Caracas, de Santiago: vamos a mirar juntos nuestro inconcluso pretérito y los caminos del incierto porvenir. Vamos a equiparnos grave y alegremente para la aventura universal de las "ínclitas razas ubérrimas" haciendo viva, actualizando en nosotros la tradición espiritual que nos sustenta... Vayamos dando a todos la inédita versión de la buena nueva.»

Con las reservas que hoy deban hacerse a la retórica de entonces, una alta y noble meta y un prometedor y pertinente método hay en esos párrafos. ¿Pura utopía? ¿Utopía parcialmente reducible a proyecto? Cada cual dará la respuesta que estime adecuada. La mía, pese a tantos escollos, hoy imponentes y hace treinta y cinco años apenas previsibles, todavía se inclina hacia el segundo término del dilema. Si no fuera así, me habría negado a colaborar en este cuatricentenario número de la revista que con otros fundé. «No se ha muerto el que fui; sí, sí he vivido», diré, separándome de Unamuno, ante la persona que en la penumbra del lejano pasado aparece a mi vista. Sigo viviendo, soy el mismo; pero de otro modo. Diré sinceramente en qué sentido.

La meta que en su primer número se propuso *Cuadernos Hispanoamericanos* era reduplicativamente utópica. Ante todo, porque nuestra voluntad de diálogo debía incluir zonas —hispanoamericanos poco o nada hispánicos, exiliados españoles más o menos abiertos al futuro inédito de la España que aún podía ser —a las cuales sólo bajo forma de un *pium desiderium* podíamos nosotros dirigirnos. Y complementariamente, porque, en nuestro empeño de penetrar en el mundo americano, los americanos hispánicos eran y tenían que ser para nosotros condición necesaria —sin traicionarse a sí misma, y cualesquiera que sean el rigor de la autocrítica y el afán de vida nueva, ¿podrá España prescindir de quienes tradicionalmente han sido los amigos de su huella en la historia?—, pero no eran y no podían ser condición suficiente. La cultura española no se hará presente en América si los españoles, además de producir obras

de calidad, no somos capaces de dialogar tanto con los hispanófilos de cepa como con los que en virtud de creencia, ideología, gusto o interés más distantes se hallen de la hispanofiliación, palabra que inventó un americano, y aun de la hispanofilia. ¿Cómo? Este es hoy nuestro problema y sobre él habrán de cavilar con ahínco los políticos y los intelectuales capaces de dar a la imaginación creadora toda la importancia que realmente tiene.

Pensando por igual en los españoles y en los hispanoamericanos, aunque aludiendo más directamente a éstos, porque sus palabras apostillaban cierta exigente tesis de Riva Agüero, escribió Unamuno que a ellos «les falta otra cosa —además de homogeneidad étnica, confianza en sus propias fuerzas, vida intelectual intensa y concentrada, desarrollo social y económico—, la misma que nos falta a los españoles para tener un ideal que nos dé originalidad: les falta sentimiento religioso de la vida, porque la religión que heredaron de sus padres y los nuestros es ya para ellos, como es para nosotros, una pura mentira convencional» («Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana», *Ensayos,* ed. de Aguilar, I, 875). Referíase Unamuno, como es obvio, al extradogmático «sentimiento religioso de la vida» que con tan personales matices informó la suya, tras su decisiva crisis espiritual de 1896-1897. Más ortodoxos de la Hispanidad tópica que este gran protodoxo de ella —así acertó a llamarle Angel Alvarez de Miranda—, otros pensaron que la religiosidad de que Hispanoamérica y España se hallaban necesitadas para ser auténticamente fieles a su destino es la que exigían o postulaban dos hombres que llegaron a ella por el camino de Damasco: Ramiro de Maeztu y Manuel García Morente.

¿Qué pensar hoy de ambas propuestas? Por lo pronto, que las dos son unilaterales y anacrónicas: dejan de lado modos de responsabilidad civil a los que sólo por aproximación cabría llamar «religiosos» y apenas tienen en cuenta varios de los componentes sociales, éticos e intelectuales del dramático, casi explosivo mosaico que desde hace decenios es la vida hispanoamericana. No tengo yo a mano la fórmula que en nuestra difícil actualidad permita acercarse a la meta que desde Flórez Estrada y Rafael María de Labra vienen proponiendo los españoles más sensibles a la dimensión hispanoamericana de nuestro destino. Sólo me es posible enunciar tres esenciales requisitos para navegar hacia el buen puerto: generosidad, ambición e imaginación.

Con las limitaciones y las ingenuidades antes apuntadas —en primer término, las del hombre que yo entonces era—, varios españoles de buena voluntad pusimos en marcha una revista que treinta y cinco años después, estos treinta y cinco difíciles años, puede dar a la imprenta su cuatricentésimo número. Más aún debo decir, a más debe llegar mi gratitud. Porque a fuerza de paciencia, magnanimidad e inteligencia, Luis Rosales y José Antonio Maravall han logrado que *Cuadernos Hispanoamericanos* llegara a ser lo que hace siete lustros quería y no podía ser. Es bien seguro que Félix Grande, constante y eficaz compañero de ambos, seguirá fiel a la derrota que a través de vientos y mareas tan discretamente han mantenido Luis Rosales y Jose Antonio Maravall. Gracias a los tres me es más fácil repetir, ya en la recta final de mi vida: «Sí, sí he vivido».

PEDRO LAÍN ENTRALGO
Director de la Real Academia Española